

Imprimir

En una abarrotada sala de conferencias en enero de 2025, Hossein Marashi, secretario general del Partido de los Ejecutivos de la Reconstrucción y cuñado del expresidente iraní Akbar Hashemi Rafsanjani, comparó la situación del país tras el colapso del Estado sirio con la crisis a la que se enfrentó en la península de Al-Faw en 1988. Durante la primera batalla de Al-Faw en 1986, las fuerzas iraníes habían capturado la península, cortando el acceso iraquí al golfo Pérsico. La operación para recuperarla, dirigida por Saddam Husein, hizo un uso extensivo de armas químicas. Respaldadas por armas soviéticas e imágenes satelitales estadounidenses, las fuerzas iraquíes derrotaron a sus adversarios iraníes, una derrota que contribuyó a que la República Islámica aceptara la Resolución 598 del Consejo de Seguridad de la ONU, poniendo fin a la guerra entre Irán e Irak. La analogía de Marashi era imperfecta —y distaba mucho de ser desinteresada—, pero transmitía la conmoción que sentían muchos en Irán, así como la oposición a su actual política exterior entre una facción influyente dentro del *nezam*, o sistema político. Sus comentarios iban dirigidos a aquellos miembros del régimen que siguen apoyando el papel de Irán en el llamado Eje de la Resistencia (*mehvar-e moqavemat*): una red de Estados regionales, aspirantes a líderes y fuerzas paramilitares comprometidos con hacer retroceder el poder de Estados Unidos e Israel en el Levante y Asia Occidental. Se trataba de una red forjada menos por un gran diseño que por las contingencias de la movilización popular contra la extralimitación imperial, la ambición colonial y la ocupación militar.

Teherán ha negado sistemáticamente tener conocimiento previo del ataque de Hamás contra Israel el 7 de octubre de 2023, y su conducta tras los hechos sin duda respalda en cierta medida la afirmación de que sus líderes habrían preferido evitar una conflagración regional a gran escala. En los dos años transcurridos desde entonces, Irán ha mostrado una marcada preferencia por el statu quo anterior. Es Israel, bajo el mandato de Benjamin Netanyahu, el que ha emergido como la potencia que aspira a un dominio regional sin rival: llevando a cabo una limpieza étnica en Gaza; desatando niveles de violencia sin precedentes en Cisjordania; decapitando a Hezbolá y sometiendo al Líbano a un castigo colectivo; degradando la infraestructura militar de Siria mientras extiende su ocupación más allá de los Altos del Golán; lanzando ataques periódicos contra Yemen; y, finalmente, en junio de 2025, atacando Irán en la Operación León Ascendente. El ataque de Israel se esperaba desde hacía tiempo,

pero cuando se produjo sorprendió no solo a los observadores internacionales, sino también a los propios iraníes, incluida la élite del país. La Operación León Ascendente combinó ataques aéreos con el uso de recursos terrestres encubiertos para inutilizar los sistemas de defensa antimisiles, las operaciones con drones y las capacidades avanzadas de inteligencia de Irán (que, según se informa, incluían herramientas suministradas por empresas como Palantir).

Los líderes israelíes llamaron abiertamente a los iraníes a «levantarse» contra su Gobierno. La mayoría de los iraníes rechazaron la idea de que el Estado israelí fuera su posible libertador, pero el ataque exacerbó el descontento con los dirigentes del país. El ejército respondió con una serie de ataques con misiles contra las principales ciudades israelíes. La magnitud de los daños causados sigue siendo objeto de controversia, en parte debido a la censura militar israelí, pero fue suficiente para que Netanyahu pidiera a Estados Unidos que mediara para poner fin a las hostilidades. Esto solo ocurrió después de que las fuerzas estadounidenses llevaran a cabo ataques contra las instalaciones nucleares iraníes de Natanz, Isfahán y, sobre todo, Fordow, utilizando municiones antibúnker de 30 000 libras, tal y como habían amenazado sucesivos gobiernos durante casi dos décadas, pero que finalmente se llevaron a cabo bajo la presidencia de Trump.

La guerra de los doce días del pasado mes de junio se produjo tras más de un año de tensiones crecientes. Tras décadas de operaciones encubiertas, el primer ataque militar directo de Israel en territorio iraní fue el ataque al complejo diplomático del país en Damasco el 1 de abril de 2024, en el que murió el comandante de mayor rango de la clandestina Fuerza Quds en el Levante. La respuesta de Irán, la Operación True Promise, se lanzó el 13 de abril: un ataque deliberadamente telegrafiado con misiles y drones, durante el cual varios Estados de la OTAN, así como Jordania, ayudaron a las defensas aéreas de Israel. Los ataques con buscapersonas de septiembre de ese año, dirigidos contra miembros de Hezbolá, marcaron un peligroso cambio en la campaña de Israel.

Leon Panetta, exsecretario de Defensa de Estados Unidos y director de la CIA, describió la operación como un acto de terrorismo; murieron 42 personas, entre ellas doce civiles, y

alrededor de cuatro mil resultaron heridas. Días más tarde, Israel mató a Sayyid Hassan Nasrallah, secretario general de Hezbolá, utilizando una bomba antibúnker en un barrio densamente poblado de Beirut, lo que causó cientos de víctimas. A raíz de estos acontecimientos, Irán lanzó su segundo ataque con misiles, una descarga mucho más potente que causó daños visibles en al menos dos importantes bases aéreas israelíes.

Cada una de las respuestas iraníes se calibró para contrarrestar los esfuerzos de Israel por ampliar el conflicto a toda la región. Los dirigentes iraníes sabían muy bien que existía un descontento generalizado en el país con su gobierno y que su país, debilitado por las sanciones y los embargos de armas durante casi cuatro décadas, no estaba en condiciones de enfrentarse directamente a Israel y a Estados Unidos. Una guerra aérea rápida y convencional habría dejado a Irán en una situación de clara desventaja. La dificultad a la que se enfrentaban sus dirigentes al tratar de restablecer las líneas de disuasión era la ausencia casi total de límites impuestos por Estados Unidos: Washington parecía dispuesto a respaldar el intento de Israel de rehacer el orden regional mediante un poder militar sin restricciones, un proceso acelerado por la reelección de Trump.

Vali Nasr, en su obra *Iran's Grand Strategy: A Political History*, traza la línea histórica y política de la política exterior de la República Islámica, desde su surgimiento y consolidación en la década de 1980 hasta su reciente desmoronamiento. Nasr, que nació en Teherán pero vive en Estados Unidos desde 1979, es hijo del filósofo islámico Seyyed Hossein Nasr, a quien la emperatriz Farah encargó la creación de la Academia Imperial Iraní de Filosofía en 1974. Vali Nasr saltó a la fama con la publicación en 2006 de *The Shia Revival*, un libro que, a pesar de sus matices primordialistas, describía un cambio regional en gran medida provocado por Washington. La disolución del Estado iraquí tras la invasión estadounidense de 2003 había empoderado a su vecino del este: se eliminó un importante freno a la influencia iraní, mientras que las fuerzas alineadas con Teherán adquirieron cargos y autoridad dentro de la frágil nueva estructura iraquí. Poco después, Nasr fue nombrado miembro de la administración Obama como asesor principal de Richard Holbrooke, representante especial de Estados Unidos para Afganistán y Pakistán. Desde que dejó el Gobierno y ocupó una cátedra en la Universidad Johns Hopkins, ha seguido moviéndose en el mundo político de

Washington, al tiempo que ha adoptado una postura bastante más crítica con respecto a la política exterior estadounidense. En su libro *How Sanctions Work: Iran and the Impact of Economic Warfare* (2024), escrito en colaboración con otros autores, sostiene que el régimen de sanciones —aplicado, de una forma u otra, por todas las administraciones estadounidenses— no solo ha tenido consecuencias políticas, sociales y económicas devastadoras, sino que ha resultado contraproducente para los objetivos de Washington. *Iran's Grand Strategy* (La gran estrategia de Irán) va más allá de la caricatura que tan a menudo sustituye al análisis de Irán y trata de explicar los fundamentos —por muy defectuosos que sean— que sustentan la estrategia regional de Irán.

Para comprender tanto la utilidad como los límites del marco de Nasr, es necesario volver a la propia revolución. El Estado de Pahlavi era considerado por sus oponentes como un régimen cliente o, más exactamente, como una potencia subimperial que, incluso cuando el sha reivindicaba una mayor autonomía, seguía alineado fundamentalmente con los objetivos contrarrevolucionarios de Estados Unidos en la región. La guerra contra los comunistas y socialistas en el país se complementó con ataques contra los radicales en el extranjero, sobre todo durante la represión de la revolución de Dhofar en Omán, una campaña que duró desde 1962 hasta 1976 y en la que participaron miles de soldados iraníes. La República Islámica que surgió en 1979 —forjada en la agitación revolucionaria— esgrimió la independencia del país como uno de sus principales logros.

Cuando un periodista pakistaní le preguntó al ayatolá Jomeini qué había logrado la revolución, él respondió: «Ahora todas las decisiones se toman en Teherán». La nueva élite promovió la visión de Irán como un Estado islámico, pero sus miembros también estaban influenciados por los movimientos de liberación anticolonialistas, desde Argelia hasta Palestina, e imaginaban a Irán como parte de la misma lucha.

La revolución inquietó a los vecinos de Irán. Solo diecinueve meses después, con una conflictiva lucha interna por configurar el nuevo orden aún sin resolver, Sadam Husein invadió el país. La guerra que siguió resultó más trascendental para definir la emergente República Islámica que la propia revolución. Nasr expone claramente esta historia,

subrayando el papel de la guerra entre Irán e Irak en la formación de las nuevas instituciones políticas, la estrategia y el sentido de vulnerabilidad de Irán. La guerra llevó a la Guardia Revolucionaria a convertirse en la principal institución militar del país, afianzó una mentalidad de asedio y habituó a una generación de líderes iraníes a la lógica de la disuasión, la resistencia y el conflicto asimétrico.

El relato de Nasr sobre la «gran estrategia» iraní establece su delineación coherente a mediados de la década de 2000, moldeada por las invasiones de Afganistán e Irak lideradas por Estados Unidos. Esto es convincente en la medida en que llega, aunque corre el riesgo de exagerar tanto la novedad como la naturaleza deliberada de lo que siguió (un peligro que Nasr reconoce). Muchos de los comportamientos y relaciones que más tarde se describieron como «estratégicos» tuvieron su origen en el impulso internacionalista de la revolución y su aspiración de proyectar sus valores más allá de las fronteras de Irán. Lo que más tarde se consideraría una afición por cultivar aliados no era tanto una doctrina calculada como una consecuencia del activismo revolucionario, forjado en un entorno regional fluido en el que Irán inspiraba —y alarmaba— a los militantes islámicos de todas las sectas. El principal contraataque a la revolución no lo llevaron a cabo los restos del antiguo régimen, sino un Estado vecino, respaldado por Occidente, la Unión Soviética y las monarquías del Golfo.

El análisis de Nasr —aunque no lo dice explícitamente— se basa en una pregunta habitual en los trabajos académicos sobre los Estados revolucionarios: cómo y en qué medida se someten a la «socialización», es decir, aceptan el sistema interestatal global y abandonan sus ambiciones universalistas en favor de una búsqueda más convencional del interés nacional. El tratamiento de Nasr es más sutil que algunas versiones de este argumento. En ocasiones, propone una explicación en gran medida realista centrada en la disuasión: según esta interpretación, Irán ha intentado compensar sus desventajas militares dispersando el riesgo, utilizando misiles, fuerzas proxy y diferentes formas de represalia, lo que aumenta el coste de una agresión militar directa por parte de Estados Unidos. Se trata de un enfoque con un considerable poder explicativo, pero en otros aspectos sigue una línea más común en Washington, según la cual la República Islámica persigue la hegemonía regional mediante su apoyo a fuerzas proxy. Una limitación de este análisis es que no presta suficiente atención a

las condiciones locales y a los grados de agencia dentro del propio Eje de la Resistencia. También oscurece distinciones importantes: algunos actores no son en absoluto proxies, sino que persiguen sus propios proyectos políticos e ideológicos, mientras que otros tienen relaciones con Teherán mucho más contingentes y autónomas de lo que se suele reconocer en los relatos occidentales. No es ningún secreto, por ejemplo, que Hamás entró en conflicto directo con Hezbolá y Teherán durante la guerra civil siria, o que los hutíes ignoraron los consejos iraníes cuando se dispusieron a tomar Saná, la capital de Yemen.

Nasr señala las formas en que la política exterior de Irán está determinada por las luchas entre facciones internas y se considera vital para la supervivencia del régimen. En *Revolution and World Politics* (1999), Fred Halliday describió las «antinomias» de la política exterior revolucionaria, haciendo hincapié en las presiones contradictorias bajo las que operan los regímenes revolucionarios.

Quizás la mejor manera de entender la trayectoria de Irán no sea como un movimiento lineal desde el internacionalismo revolucionario hasta la valorización del interés nacional, sino como una forma de lo que E. H. Carr denominó «política dual»: la búsqueda simultánea del compromiso diplomático con otros Estados y el apoyo a movimientos y militantes simpatizantes en el extranjero. El equilibrio entre estos impulsos ha cambiado repetidamente, moldeado por las luchas internas y las condiciones internacionales cambiantes. Nasr tiene sin duda razón al argumentar que la socialización ha avanzado, pero es menos comunicativo sobre lo que esto podría suponer en el futuro, más allá de la adaptación a un orden internacional dominado por Estados Unidos. Esa perspectiva no carece de atractivo en Irán. Cuatro décadas de sanciones, conflictos interestatales, represión autoritaria y aislamiento internacional han agotado a gran parte de la población; muchos iraníes están desesperados por un cambio fundamental. El propio régimen, desgastado por la prolongada guerra económica y la austeridad, ha llegado a enmarcar cada vez más su papel dentro del Eje de la Resistencia en términos nacionalistas más que revolucionarios. Es revelador que John Mearsheimer haya disfrutado de un renacimiento silencioso entre los analistas iraníes simpatizantes de las élites preocupadas por la seguridad, para quienes el eje se considera menos una consecuencia de la movilización revolucionaria que una estrategia

que ha permitido a Irán evitar la invasión imperial y la agresión regional en su propio territorio. Por el contrario, los diplomáticos de carrera —entre los que destaca el exministro de Asuntos Exteriores de Irán, Mohammad Javad Zarif— han apoyado las negociaciones y una reorientación fundamental de las relaciones internacionales, y han tendido a gravitar hacia la Escuela de Copenhague de estudios de seguridad, invocando la teoría de la securitización para argumentar que la República Islámica ha sido injustamente calificada como una amenaza existencial.

Este cambio de énfasis ayuda a explicar por qué uno de los protagonistas olvidados de la narrativa de Nasr es Rafsanjani, considerado durante mucho tiempo el gran pragmático de la República Islámica. Dejando de lado esa caracterización, el relato de Nasr sugiere en ocasiones de forma implícita que, si prevaleciera el ala «pragmática» del régimen, muchos de los problemas de Irán se resolverían. La dificultad de este argumento no radica simplemente en que subestima la profundidad de las divisiones ideológicas dentro de la República Islámica, sino que minimiza la naturaleza agresiva del poder estadounidense. Como reconoce el propio Nasr en otra parte, si bien el aislamiento político de la República Islámica es en parte resultado de los errores de cálculo del régimen, la represión interna y los errores estratégicos, Estados Unidos se ha mantenido fiel a una política de contención y neutralización. Parte de esta hostilidad se remonta al persistente deseo de vengar la humillación de la crisis de los rehenes, cuando más de cincuenta estadounidenses fueron secuestrados poco después de la revolución en la embajada de Estados Unidos en Teherán y retenidos durante más de un año, pero también refleja una necesidad más profunda: garantizar que la República Islámica no pueda servir de modelo para otros. Como escribió Edmund Burke, «no estábamos en guerra con su conducta, sino con su existencia: convencidos de que su existencia y su hostilidad eran lo mismo».

La última versión de esta dinámica es la exigencia de Trump de la «rendición incondicional» de Irán. El rial ha perdido más del 40 % de su valor desde los ataques de Israel el pasado mes de junio, lo que ha contribuido a la desesperada situación económica que provocó el estallido de protestas en más de setenta pueblos y ciudades provinciales el mes pasado. Por su magnitud y alcance geográfico, estas protestas constituyen el desafío más grave para la

República Islámica desde el levantamiento de 2022, o incluso desde el Movimiento Verde de 2009. Años de austeridad, junto con el auge de una élite cada vez más cleptocrática y depredadora, han erosionado progresivamente la capacidad del Estado para responder a las crisis, mientras que el lenguaje de la «resistencia» hace tiempo que ha dejado de significar nada para la población en general. Muchos iraníes culpan del aislamiento y el empobrecimiento económico de su país a las decisiones de política exterior de sus líderes, que hace tiempo que se han desvinculado de la voluntad del pueblo y sus aspiraciones democráticas.

Asediado desde fuera y cada vez más frágil por dentro, el Gobierno liderado por Masoud Pezeshkian está ansioso por negociar. Para la denominada facción pragmática, de la que Marashi es miembro, la normalización con Estados Unidos y la incorporación al sistema financiero mundial son el objetivo, y uno que gran parte de la élite política iraní y gran parte de la población en general acogerían con satisfacción, al menos inicialmente. La dificultad radica en que Trump ha mostrado poco interés en ofrecer a Teherán un respiro significativo, mientras que el ayatolá Jamenei insiste en las líneas rojas del enriquecimiento nuclear y el apoyo continuo a los socios de Irán en el Eje de la Resistencia. Los iraníes se encuentran así atrapados entre los políticos y los servicios de inteligencia occidentales, que buscan instrumentalizar las quejas populares para apoyar un cambio de régimen, y un Estado que ha respondido con una extraordinaria escalada de violencia contra su propia población. Esta ola de protestas ya ha dado lugar a uno de los episodios más oscuros y sangrientos de la historia moderna de Irán, que se ha cobrado la vida de al menos cinco mil personas, entre ellas quinientos miembros de las fuerzas de seguridad y milicias progubernamentales. La magnitud y el carácter de la represión —que recuerda la lógica eliminatória empleada por la incipiente República Islámica contra los grupos armados kurdos y los Muyahidines del Pueblo de Irán— ponen de relieve la profundidad de la crisis del régimen. Convencidos de que Irán se acerca al precipicio, Estados Unidos se contenta con aprovechar su ventaja en lugar de conformarse con un acuerdo.

<https://www.lrb.co.uk/the-paper/v48/n02/eskandar-sadeghi-boroujerdi/made...?>



Tomado de la Revista Sin Permiso Febrero 8 2026

Eskandar Sadeghi-Boroujerdi, Académico interdisciplinario especializado en política internacional de Oriente Medio, centrado sobretodo en la República Islámica de Irán y el mundo musulmán chií en general. Obtuvo su doctorado (DPhil) en el Queen's College de la Universidad de Oxford. Antes de incorporarse a la Universidad de St Andrews, fue profesor titular en la Universidad de York. Su monografía *Revolution and its Discontents: Political Thought and Reform in Iran* (Cambridge University Press, 2019) ofrece un importante estudio sobre el cambio ideológico y el pensamiento político reformista en la República Islámica. Editor de la edición ampliada de 2024 de *Iran: Dictatorship and Development* (Oneworld), de Fred Halliday, y coeditor de *Political Parties in the Middle East* (Routledge, 2019). Escribe regularmente sobre política de Oriente Medio y asuntos internacionales para *New Left Review*, *Sidecar*, *London Review of Books*, *Foreign Policy*, *Jadaliyya*, *Al Jazeera*, *Lobelog*, *Muftah*, *Jacobin* y *The Guardian*.

Foto tomada de: DW.com